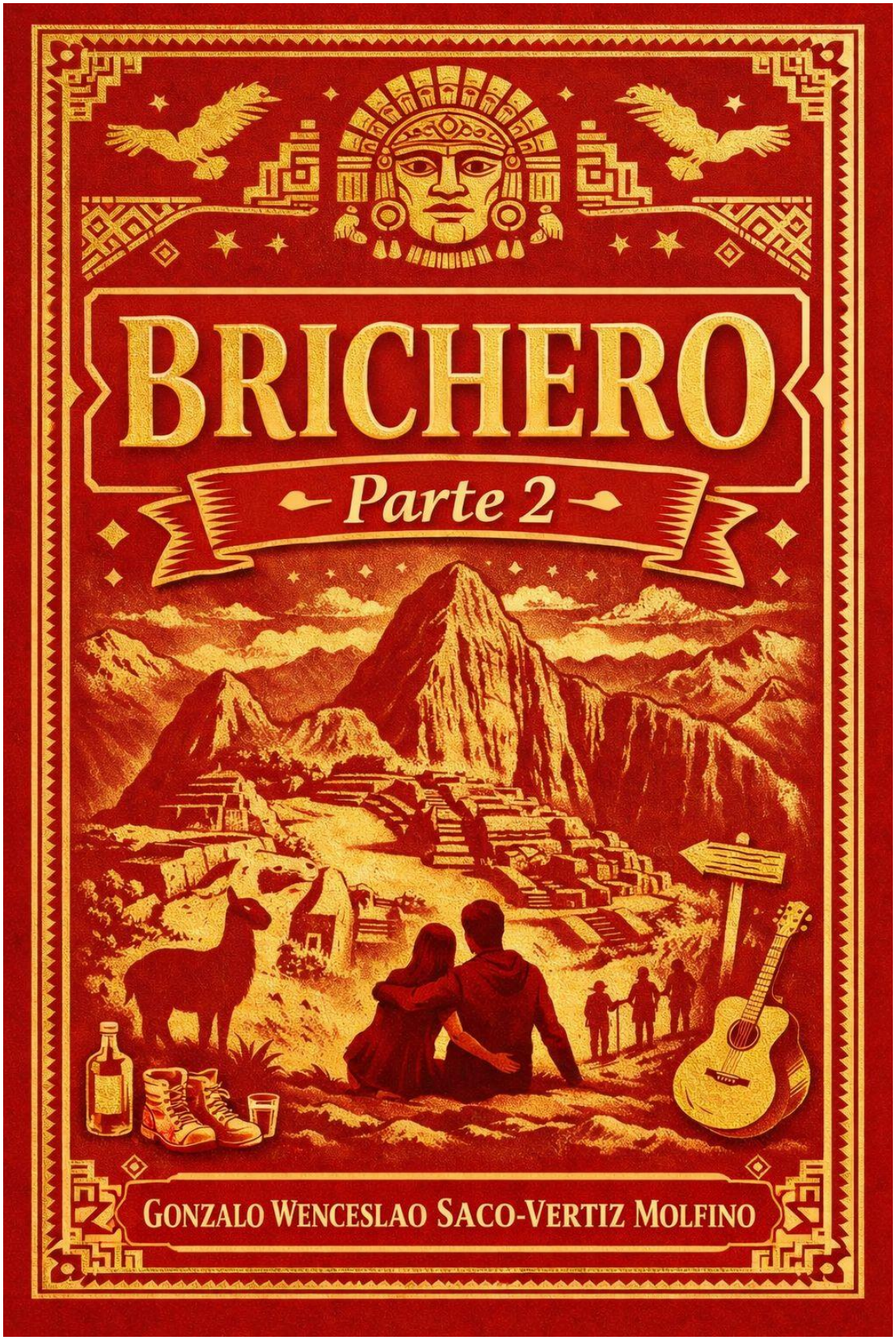
BRICHERO
Parte 2
GONZALO WENCESLAO SACO-VERTIZ MOLFINO

Índice

Capítulo 1 - Año 2017

Capítulo 2 - Sarah, sarita de mi corazón

Capítulo 3 - Las calles de Brujas

Capítulo 4 - Mi madre y mi abuelo Wenceslao

Capítulo 5 - Mi padre y la escritura

Capítulo 6 - inglés básico para brichear

Capítulo 7 - Enseñándoles a las gringas el verbo huevear

Capítulo 8 - El Pajarraco

Capítulo 9 - Muerto por dentro

Capítulo 10 - Lago Titicaca

Capítulo 11 - Ausangate Trek

Capítulo 12 - Vanessa, la canadiense

Capítulo 13 - Daphne, la francesa

Capítulo 14 - Lauren, la americana

Epílogo - El verdadero significado de ser brichero

Capítulo 1 – Año 2017

Jackie nos citó en la Plaza de Armas a las 6:30 a.m., justo cuando el sol empezaba a asomarse en el horizonte del solsticio. Las calles empedradas de Cusco brillaban con una luz dorada.

Ahí estaba Dana, una profesora de yoga de Estados Unidos, con su serena presencia; y también una chica francesa, una bailarina de ojos azules, cuyos gestos llenaban de magia cada paso. Además de ellos, estaba Jackie, claro, y un guía chileno, experto en senderismo, con quien sentíamos que cada ruta se convertía en una aventura compartida.

Ese día, después del amanecer, nos lanzamos a un Photoshoot por las calles de Cusco, capturando la magia entre las piedras de los doce ángulos. Luego, nos adentramos al Valle Sagrado rumbo a Huchuy Qosqo.

Cada paso en ese sendero entre montañas era un descubrimiento: el aire se hacía más fresco, las risas se mezclaban con el viento, y el paisaje parecía sacado de un sueño.

Al caer la tarde, bajamos a Lamay, un pequeño pueblo en el Valle, donde nos sentamos a brindar. Las cervezas chispeaban entre nuestras risas, las estrellas comenzaban a asomarse en el cielo, y alrededor de la fogata entendí que esos momentos compartidos eran los verdaderos regalos del viaje.

Mientras las estrellas comenzaban a brillar sobre Lamay, entre risas y vasos de cerveza, Jackie me miró con una sonrisa y dijo:

—Tú eres hijo de Dani, ¿verdad?

Asentí, un poco sorprendido.

Entonces me contó que cuando tenían 20 años Lima era pequeña y cerrada. Los surferos se conocían entre sí. Jackie, con su peinado punk, y mi papá, siempre buena onda, compartieron olas y aventuras.

Aunque luego Jackie se fue a Nueva York y mi papá siguió su camino en Perú, nunca se perdieron de vista.

Y esa amistad, a pesar del tiempo y la distancia, se quedó siempre.

Ahora, aquí en Cusco, Jackie se convirtió en mi segundo padre. Un compañero que, como las olas del pasado, siempre me acompaña en cada paso.

Capítulo 2 – Sarah, sarita de mi corazón

Era el año 2017. Jill acababa de partir a Estados Unidos, a Nueva York, y yo me sentía un poco perdido.

No quería salir. Estaba algo melancólico.

Fue entonces que un día, casi por inercia, decidí ir a unas clases de salsa en Cusco. Esas salsa lessons, tan famosas en las discotecas, eran de 9 p.m. a 11 p.m.

La verdad, no iba por aprender a bailar. Solo buscaba distraerme, salir un poco, conocer gente.

Y ahí, en medio de esa pista iluminada, conocí a Sarah, una chica de Bélgica.

Ella bailaba con un chico local, alguien muy carismático, y aunque yo no sabía bailar, cuando me animé a acompañarla todo fluyó.

Surgió una amistad muy bonita.

Después nos fuimos a la laguna de Piuray a hacer stand up paddle.

El agua estaba serena y allí, con ella y con Quique, otro gran amigo, formamos un trío inseparable.

Capítulo 3 – Las calles de Brujas

Era el año 2022, y mientras me preparaba para viajar a Europa a visitar a la familia de Kristina, quien es holandesa, supe que no podía dejar pasar la oportunidad de ver a Sarah.

Ella había vuelto a Bélgica, y aunque habían pasado años, nuestra amistad se mantuvo intacta.

Cuando la llamé, me dijo que por supuesto, que fuera a visitarla.

Así que, tras un corto trayecto desde los Países Bajos, llegué a Bélgica y ella me abrió las puertas de su hogar.

Me paseó por las calles empedradas de Brujas, esos puentes encantados y canales que parecen sacados de un cuento. Cada rincón de la ciudad tenía algo mágico: las casas antiguas reflejándose en el agua, las bicicletas cruzando los puentes, el sonido suave de las campanas en la distancia.

Sarah me recibió con los brazos abiertos, junto a su esposo y su hija mayor.

Durante ese viaje, en 2022, Kiana, mi hija, tuvo la oportunidad de conocer a la hija mayor de Sarah. Aunque eran pequeñas, conectaron enseguida. Jugaban juntas como si se conocieran de toda la vida.

Fue uno de esos momentos simples pero hermosos que uno guarda en el corazón.

Con los años, en 2024, Sarah tuvo una segunda hija.

Pero, sin importar las distancias ni el paso del tiempo, nuestra amistad se mantuvo.

Una amistad que nació en Cusco, entre salsa, aventuras y paddle en una laguna andina, y que terminó extendiéndose hasta las calles medievales de Brujas.

Un puente invisible entre dos vidas, dos países y dos familias que se cruzaron en el tiempo.

Nos decíamos los tres mosqueteros.

Pasábamos todo el tiempo juntos, compartiendo aventuras, risas y una complicidad que, sin buscarlo, se convirtió en uno de esos lazos que jamás se olvidan.

Capítulo 4 – Mi madre y mi abuelo Wenceslao

Mi abuelo Wenceslao es mi tocayo.

Cuando yo nací, mi padre quiso honrar al padre de mi madre, mi abuelo materno, y decidió ponerme su nombre como segundo nombre.

Así fue como terminé llamándome Gonzalo Wenceslao.

Durante la época del colegio no me gustaba mucho ese nombre. Era raro, poco común en Perú. De hecho, casi nadie se llama Wenceslao, así que muchas veces me molestaban por tener un nombre tan extraño.

En ese momento me incomodaba.

Hoy, en cambio, lo llevo con orgullo.

Tal vez nunca fue un nombre que yo hubiera elegido, pero con el tiempo entendí lo que representa. Mi abuelo hizo muchas cosas positivas para que nuestra familia pudiera prosperar y salir adelante. Llevar su nombre es también llevar una parte de su historia.

Cada domingo mi madre nos llevaba a su casa.

Era casi una tradición familiar.

Nos reuníamos para compartir el famoso “desayuno del Tata”, como siempre le hemos llamado a mi abuelo.

Esos desayunos eran memorables.

Nos sentábamos todos alrededor de una mesa larga: hijos, nietos y familia en general. Más que un simple desayuno, era un verdadero festín. Había frutas, pan fresco, jamones, quesos… todo lo que un buen desayuno debía tener.

Pero más allá de la comida, lo importante era el momento.

Mi abuelo además era un gran fanático del tenis, un deporte que me inculcó desde pequeño y que hasta el día de hoy despierta en mí una gran pasión y admiración.

Mi madre, por otro lado, siempre fue una “mamá gallina”, muy protectora con sus hijos. Quizás muchas veces más preocupada de la cuenta.

Era una mamá nerviosa, siempre pensando que algo malo podía suceder.

“No cruces la pista solo”, me decía.

“No camines por la calle de noche, te pueden robar”.

Y así una larga lista de advertencias que, en ese momento, yo sentía exageradas.

Hoy la entiendo.

Ahora que soy padre, la entiendo mucho más.

Con los años uno descubre que heredamos muchas cosas de nuestros padres. En sus genes hay una infinidad de comportamientos que llevamos en el ADN y que muchas veces terminamos repitiendo sin darnos cuenta.

Mi mamá, además de nerviosa, ha sido una gran madre.

Siempre ha estado a nuestro lado, en los buenos momentos y también en los difíciles. Lo sé muy bien, y se lo agradezco profundamente. Mis hermanos también lo saben.

Ella fue mamá muy joven.

Apenas al cumplir la mayoría de edad ya tenía sobre sus hombros una responsabilidad enorme.

Eso hizo que una parte de su inocencia desapareciera demasiado pronto. Pero curiosamente, algo de esa inocencia todavía vive en ella.

Mi madre tiene un espíritu muy jovial y se mantiene muy bien con el paso de los años.

Y creo que parte de esa energía viene justamente de algo que nunca perdió:

su forma de mirar la vida.

Capítulo 5 – Mi padre y la escritura

Siento que, de alguna manera, mis ganas de escribir y de redactar lo que he vivido han sido heredadas.

Mi padre es un muy buen escritor. Quizás de esas pocas personas cuyos textos lees y te atrapan desde las primeras líneas. Tiene la capacidad de tomar temas cotidianos y transformarlos en historias que fluyen con naturalidad.

Cuando escribe, lo hace con una sencillez que parece fácil, pero que en realidad es un talento raro.

Plasma sus palabras de tal manera que uno se queda pegado al texto. Mientras lo lees, empiezas a imaginar cada escena. Es como si volaras con él por su propio camino.

Y creo que solo los buenos escritores logran eso.

Sinceramente, él tiene un don.

He leído varios de sus textos. A veces suele publicarlos en Instagram acompañados de una foto. Pero lo interesante no es la imagen, sino la vida que logra darle al personaje que describe.

Cuando lo lees, es como si vieras al niño del que habla, como si estuvieras caminando a su lado dentro de la historia.

Su forma de narrar hace que la imaginación se active sola.

He tenido la suerte de leer algunos textos que me marcaron mucho, pero hay dos que siempre recuerdo.

Uno habla de su propio padre, mi abuelo, y del momento en que recibió la noticia de su muerte. Él era apenas un niño cuando ocurrió.

En el relato cuenta que estaba comiendo dulces, concentrado en ese pequeño mundo infantil donde todo parece simple, cuando de pronto llegó la noticia que cambiaría su vida para siempre.

Ese contraste entre la inocencia de la infancia y la dureza de la realidad es algo que nunca olvidé de esa historia.

El otro texto habla de su hermano Miguel, mi tío.

Yo lo quería mucho.

En ese relato mi padre cuenta varias anécdotas de los dos cuando eran jóvenes. Se siente en cada línea esa complicidad de hermanos que solo se construye con los años.

Me gusta mucho cómo describe esa relación, porque habla de algo muy valioso: la suerte que tuvieron ambos de tenerse el uno al otro en sus vidas.

Lamentablemente, mi tío Miguel falleció durante los años de la pandemia.

Si algo siempre recordaré de él es su increíble sentido del humor y su frase favorita “Soy una Bassssssuuura” y por supuesto su pasión por el fútbol, por sus hijos y por su familia.

En sus últimos años de vida sacó a relucir una faceta que pocos conocían: la de cantante.

Descubrió en el karaoke una nueva pasión. Cantaba covers de grandes canciones de los años 80 y 90, con una alegría contagiosa.

Era una de esas personas que llenaban el lugar donde estaban.

Y cada vez que lo recuerdo, inevitablemente sonrío.

Capítulo 6 – Inglés básico para brichear

Cuando llegué a la ciudad, me di cuenta rápidamente de algo: el turismo lo movía todo. Las calles estaban llenas de viajeros de todas partes del mundo — americanos, europeos, australianos, franceses, alemanes— todos buscando aventura, historia, montañas… y también diversión.

Ahí fue cuando entendí que el inglés que mi madre tanto insistió en que aprendiéramos no solo me iba a servir para trabajar en turismo.

También me iba a servir para socializar.

O, siendo más honesto… para brichear.

No era necesario hablar un inglés perfecto. De hecho, muchos de nosotros manejábamos algo que yo llamo “inglés de supervivencia”.

Un inglés simple, directo, mezclado con español, gestos y muchas risas.

El clásico:

“Where are you from?”

“How long are you in Cusco?”

“First time in Peru?”

Tres preguntas básicas que abrían conversaciones interminables.

En los hostels, bares y fiestas de Cusco, esas frases eran prácticamente el abecé del brichero. Con eso empezaba todo.

Después venían las historias de viaje, las recomendaciones de lugares para visitar y, si la conversación fluía bien, tal vez una cerveza más… o una aventura más.

A veces me reía pensando que mi madre nunca imaginó que todas esas clases de inglés terminarían siendo parte de mis herramientas para navegar la vida social de una ciudad llena de mochileros y viajeros.

Pero así es Cusco.

Una ciudad donde cada noche puedes conocer a alguien nuevo, escuchar historias de otro continente… y donde, con un poco de inglés, una sonrisa y

algo de actitud, cualquier conversación puede convertirse en el comienzo de una historia.

Gracias, mamá.

Capítulo 7 – Enseñándoles a las gringas el verbo huevear

“Yo hueveo.”

“Tú hueveas.”

“Nosotros hueveamos.”

“Ellos huevean.”

Recuerdo perfectamente esa conversación porque fue una escena tan absurda como divertida.

Estábamos sentados en una mesa del restaurante de mi padre en Calle del Medio, en plena Plaza de Armas de Cusco. Era el año 2016 y yo acababa de llegar a la ciudad hacía muy poco tiempo.

Aún estaba en esa etapa de adaptación, descubriendo lo que Cusco tenía para ofrecerme.

Aquella noche habíamos conocido a dos chicas americanas. No recuerdo exactamente cómo empezó la conversación —algo muy común en Cusco—, pero de alguna forma terminamos sentados en la misma mesa, compartiendo cervezas y riéndonos.

Ellas la estaban pasando muy bien con nosotros, y parte del intercambio cultural era justamente eso: enseñarles a hablar como un peruano más.

Y si vas a aprender español peruano, hay una palabra que no puede faltar.

El verbo huevear.

Pero antes de llegar a esa clase improvisada de gramática peruana, ocurrió algo que desató todo.

Cuando llegó el momento de pedir la cuenta, quise decirle al mozo que íbamos a pagar en efectivo.

Pero en lugar de decir cash o simplemente cash payment, mi cerebro mezcló todo el inglés que recordaba del colegio y solté con total seguridad:

“We pay… inefective.”

Hubo un silencio de dos segundos.

Las dos americanas me miraron.

Luego se miraron entre ellas.

Y después empezaron a reírse.

Yo también me empecé a reír, aunque en ese momento todavía no entendía exactamente qué había dicho mal.

Una de ellas, todavía riéndose, me explicó:

“Ineffective… means something that doesn’t work well.”

Es decir, algo que no es efectivo, algo que no funciona.

Nada que ver con pagar la cuenta.

Mucho menos con pagar en efectivo.

Mi inglés en ese momento daba pena. Acababa de llegar a Cusco y no practicaba el idioma desde el colegio, así que ya te puedes imaginar el nivel.

Entre la risa, el roche y las bromas sobre mi nuevo método de pago “inefectivo”, salió una frase muy peruana que yo dije casi sin pensar:

“¡No me hueveen!”

Las americanas se quedaron intrigadas.

“What does that mean?”

Y ahí empezó la clase.

Les expliqué que en Perú “no me huevees” puede significar algo parecido a:

Don’t mess with me.

O también:

Don’t joke with me.

Pero como pasa con muchas palabras del slang peruano, el significado depende del contexto.

Entonces empezamos la conjugación oficial del verbo más importante de la noche.

“Yo hueveo.”

“Tú hueveas.”

“Nosotros hueveamos.”

“Ellos huevean.”

Las chicas repetían cada frase con un acento gringo que hacía todo aún más gracioso.

“Yo… huay-veo.”

“Tú… huay-veas.”

Mi padre, que estaba sentado con nosotros en la mesa, no podía parar de reírse.

Era una escena muy cusqueña: turistas aprendiendo jerga peruana en medio de la Plaza de Armas, cerveza sobre la mesa, risas y una palabra que ningún profesor de español en el mundo enseñaría en una clase formal.

Pero así es Cusco.

Aquí la cultura no solo se comparte en museos o en las montañas.

También se comparte en una mesa, entre amigos nuevos, en medio de una carcajada.

Y todo puede empezar por un simple error en inglés.

O por intentar pagar una cuenta… “inefective”.

Capítulo 8

El Pajarraco

Vaya personaje. Si alguien podía llevarte directo a la risa, era él: mi amigo Alexander Estrada.

Totalmente extrovertido, pelo largo, facciones incaicas y una personalidad que muchos admiraban. Alex era de esos tipos que no pensaban demasiado las cosas: veía a una gringa en la pista, iba de frente y la sacaba a bailar. Sin

roche, sin miedo. Él era él, en su estado más puro y natural. Y eso lo hacía un cague de risa.

Lo más curioso es que no necesitaba alcohol para agarrar valentía. Mientras todos tomábamos chelas, él solo tomaba agua… pero parecía que se hubiera bajado todas las cervezas del bar. Así de loco era mi causa.

Fotógrafo de profesión y guía por ratos, Alex era una mezcla rara de talentos. Podía estar guiando una caminata en la montaña, y al día siguiente enseñando yoga. Otro día lo veías tomando fotos profesionales, y al mismo tiempo volando un dron para grabar paisajes.

¿Me entiendes?

Era un pata multifacético. No solo a nivel profesional, sino también a nivel personal. Encontrarte con Alex por las calles de Cusco era como cruzarte con un tren que iba a mil por hora. Siempre tenía mil ideas, mil proyectos, mil planes. Todo rápido… pero al mismo tiempo con esa calma medio hippie que tenía.

Nos hicimos muy amigos en la época en que yo también vivía en la ciudad de Cusco. Él guiaba tours de stand up paddle, igual que yo. También hacía caminatas, y de vez en cuando grababa videos promocionales para Calle del Medio, el restaurante donde trabajaba mi papá.

De hecho, Alex también se volvió muy amigo de mi viejo.

Tanto así que un día terminamos organizando un viaje grande con varios amigos rumbo al Lago Titicaca, en Puno.

Aquel viaje se convertiría en uno de los más épicos que recuerdo de toda mi etapa viviendo en Cusco.

Porque lo que pasó ahí…

fue una locura total.

Capítulo 9

Muerto por dentro

El año 2023 fue uno de los más duros de mi vida.

Después de la ruptura con Kristina sentí que mi mundo se quebraba en dos. Nada parecía tener sentido. La vida que había construido, la familia que habíamos formado, todo parecía desmoronarse frente a mis ojos.

En el 2020, cuando nació Kiana, todo había sido amor. Recuerdo ese año como una burbuja. Vivíamos los tres en huayllabamba, cerca de Cusco, en un pequeño mundo donde lo único importante era nuestra hija. Descubrir la paternidad fue como entrar a una dimensión nueva. Cada gesto, cada sonrisa, cada pequeño logro de Kiana llenaba la casa de una felicidad que yo nunca había conocido antes.

Pero los años siguientes fueron cambiando el panorama.

Llegó el 2022, todavía con la sombra del COVID presente. Había poco trabajo afuera, pero mucho trabajo dentro de casa. Cuidar a una niña pequeña es un trabajo de veinticuatro horas al día. Kristina también estaba agotada. Los dos hacíamos lo mejor que podíamos, pero el cansancio físico y emocional comenzó a acumularse lentamente.

Fue entonces cuando decidimos viajar a Europa.

Kristina quería visitar a su familia. Su madre vivía en Holanda y su padre también. Pensamos que el viaje nos haría bien, que sería una especie de respiro.

Pero no fue tan sencillo.

Viajar con una niña pequeña ya es un reto en sí mismo, y además nos encontramos con un ambiente familiar complicado. La madre de Kristina estaba pasando por momentos difíciles y su padre tenía un carácter fuerte; las discusiones eran frecuentes. Yo me sentía como un extraño dentro de ese mundo.

Intenté mantenerme fuerte por Kiana, pero por dentro empezaba a sentir una gran inestabilidad.

En medio de todo eso también viajamos a Alemania para visitar a unos tíos míos. Fue bonito verlos, pero el viaje en general terminó siendo agotador. Todo era movimiento, tensión, cansancio.

Cuando finalmente regresamos a Cusco sentí, por un momento, que habíamos vuelto a casa. Pensé que tal vez podríamos recuperar el equilibrio.

Pero algo ya se había quebrado.

Durante el 2022 y buena parte del 2023 seguimos con la rutina de la casa y la crianza. Desde afuera parecía una vida normal. Pero dentro de mí el desgaste era cada vez mayor.

El cansancio se transformó en algo más profundo.

Agotamiento.

Ansiedad.

Una tristeza constante que poco a poco comenzó a afectar mi salud mental.

A mediados del 2023 la relación con Kristina llegó a su punto de quiebre. Intentamos buscar ayuda profesional, hablamos con psicólogos, pero no fuimos constantes en el proceso. La distancia emocional entre nosotros ya era demasiado grande.

La separación llegó como una tormenta.

Fue uno de los momentos más duros de mi vida.

Entré en una depresión profunda. Pasaba días enteros sin querer levantarme de la cama. Me sentía completamente vacío. Tomaba pastillas para poder dormir, para poder calmar la ansiedad, para poder atravesar el día.

Me sentía muerto por dentro.

Pensé que cambiar de ciudad podría ayudar, que tal vez empezar de nuevo sería una solución.

Pero con el tiempo entendí que había sido una mala decisión.

Lo acepto. Me equivoqué.

La vida es así. Somos seres humanos. A veces tomamos decisiones creyendo que son las correctas y solo después entendemos que no lo eran.

A finales del 2023, cuando todavía estaba intentando recomponerme, recibí un mensaje inesperado.

Una chica de Estados Unidos llamada Jyoti me escribió. Había escuchado sobre Cusco y quería organizar retiros espirituales en la zona. Me preguntó si podía ayudarla con la logística y la organización.

Ese mensaje fue como una pequeña luz en medio de la oscuridad.

De pronto tenía una razón para volver a Cusco.

Tenía una razón para moverme otra vez.

También tenía una oportunidad para generar ingresos y poder pasar momentos lindos con Kiana, porque ahora la veía mucho menos.

A comienzos del 2024 regresé a Cusco y me mudé a Pisac, a la casa de un amigo de mi padre al que todos llamaban “El Mono”.

Pisac es un lugar mágico, lleno de energía espiritual, pero para mí ese año fue emocionalmente muy duro.

Volver a Cusco significaba enfrentar todos los recuerdos.

Mi familia.

Mi hija.

La vida que habíamos tenido.

Y al mismo tiempo, saber que ahora Kiana ya no vivía ahí.

Ella estaba en Lima.

Ese fue uno de los conflictos internos más fuertes que he vivido.

Mi alma quería estar en Lima cerca de mi hija.

Pero mi cuerpo sabía que tenía que trabajar en Cusco.

Viví todo el 2024 atrapado entre esos dos mundos.

Viajando constantemente entre Lima y Cusco. Intentando reconstruir mi vida. Intentando encontrar un nuevo equilibrio.

En medio de ese proceso también conocí a Daria, una chica de Polonia.

Durante unos meses su compañía me hizo bien. Me ayudó a distraerme, a sentir nuevamente un poco de alegría.

Pero yo no estaba listo para una nueva relación.

La ruptura con Kristina había sido demasiado profunda. Extrañaba a mi familia, extrañaba la vida que habíamos tenido, y todo eso pesaba demasiado dentro de mí.

A pesar de todo, el proyecto con Jyoti siguió adelante. Logramos organizar un retiro espiritual muy bonito en Cusco. Fue una experiencia increíble, no solo en lo económico, sino también en lo cultural.

Ese retiro abrió nuevas puertas.

Nuevos grupos de americanos comenzaron a interesarse en venir a Cusco.

Por primera vez en mucho tiempo sentí que algo volvía a moverse en mi vida.

A finales del 2024 firmé un permiso notarial para que Kristina pudiera viajar con Kiana a Europa a visitar a su familia.

Su madre vive en Holanda y ahora su padre en España.

Sabía que ese viaje era importante para ellas, pero me costó firmar el permiso por el miedo de que se quede en Europa con mi hija.

Kiana pasó dos meses y medio allá.

Me contaban que estaba feliz.

Que había disfrutado mucho el viaje.

Pero para mí fueron dos meses larguísimos.

La extrañé cada día.

Cuando finalmente regresó a Lima, viajé inmediatamente para verla.

Y cuando la tuve frente a mí corrí a abrazarla con todas mis fuerzas.

En ese momento entendí algo muy profundo.

No hay dolor más grande que vivir lejos de un hijo.

Capítulo 10

Lago Titicaca

Era el año 2017, y aquel viaje con los mejores amigos de Cusco al lago Titicaca quedó grabado en mi memoria para siempre. Íbamos en dos canoas polinesias, atravesando el lago de isla en isla. Cuando llegamos a Llachón, su playa era un paraíso: la arena dorada, las aguas tranquilas, y esa noche, bajo un cielo despejado, vimos la luna llena elevarse en todo su esplendor.

Al día siguiente, nos dirigimos a Taquile, otra isla de belleza indescriptible. Sin embargo, en medio de esa magia, un grupo decidió separarse. Shawn, Claire y Pajaraco cruzaron hacia el otro lado de la isla, para ver el partido entre Perú y Argentina en la Bombonera en una casa que tenía TV. Habíamos consumido hongos, y esa mezcla de efectos nos sumió en una euforia desbordante. Yo me quedé con mi papá y el Mono, observando cómo la tarde cambiaba.

Seguíamos bajo los efectos, pero entre las risas y la desorientación, contemplamos el atardecer. Y, al otro lado del lago, la luna se elevó, la más grande y brillante que jamás había visto. Fue un momento de libertad absoluta.

Recuerdo que durante el día, quise levantarme de la arena, para ir a almorzar, pero simplemente no podía. Mi carpa era mi refugio; allí me sentía seguro. Me arrastré por la arena, intentando llegar al lugar donde habían preparado el almuerzo, pero a medio camino sentí que no podía más. Di media vuelta y regresé a mi carpa. Ya de noche, con el cielo despejado y la luna llena, me quedé dormido al lado de la fogata. Fue entonces cuando Pajaraco llegó, me metió una patada, tiró arena y me gritó: 'Anda a tu carpa, huevón, acá afuera te vas a congelar'. Y así, en medio de la noche, busqué ese pequeño refugio que me devolvió un poco de seguridad.

Capítulo 11

Ausangate Trek

Era el año 2017, y ese viaje al Ausangate con mi papá, el Mono, Cali y un grupo de canadienses, entre hombres y mujeres, quedó grabado en mi memoria para siempre. Empezamos el trek en el pequeño pueblo de Tinki, un punto de partida humilde, pero cargado de energía. Desde allí, cada paso nos acercaba a uno de los paisajes más impresionantes de Cusco.

La primera noche, hicimos una fogata. Las estrellas cubrían el cielo; nunca había visto la Vía Láctea tan nítida. Fue un momento mágico. Miraba alrededor, miraba las montañas, y sentía una conexión profunda, como si estuviera directamente en contacto con Dios. Dije en silencio: "Gracias, gracias por este cielo, por esta noche, por estos amigos, por esta libertad". Pero, como siempre, el frío también hacía sus travesuras. Mi papá, intentando calentarse, puso los pies demasiado cerca de la fogata. El Mono le gritaba: "Te vas a quemar las medias, huevón". Pero él, entre el vino y la risa, no hizo caso. Y al día siguiente, cuando se despertó, su media estaba derretida en el talón, un agujero exacto donde había puesto el pie.

Al día siguiente, comenzamos la caminata. Era un trek exigente, seis horas diarias, ascendiendo entre lagunas y llanuras, rodeados de alpacas y llamas. El Ausangate es, sin duda, uno de los trekkings más hermosos de Cusco. La montaña, el nevado más grande de la región, se alza majestuoso, cubierto de blanco, imponente.

Una escena que nunca olvidaré fue cuando caminaba al lado del Mono; él iba en un caballo. En medio de la neblina, se abrió una bifurcación en el camino. Yo tomé a la izquierda, él a la derecha. Él insistía: “Es por acá, huevón”, y yo le respondía: “No, es por acá”. Nos separamos, y nunca más nos vimos esa tarde. Yo llegué al campamento, pero el Mono no aparecía. Pasaron las horas, y recién supe que la mula lo había llevado a un desvío sin salida, al borde de un precipicio. Tuvo que hacer fuerza, tirar de la mula, y así logró regresar al camino. Afortunadamente, esa noche, todos llegamos sanos y salvos al campamento. Y cuando lo hicimos, lo celebramos bajo las estrellas, sabiendo que habíamos superado uno de los trekkings más hermosos, pero también más desafiantes de mi vida.

Capítulo 12 – Vanessa, la canadiense

Era el año 2017 y el Ausangate Trek seguía regalándonos momentos que parecían sacados de otro mundo. Caminábamos durante horas entre montañas gigantes, lagunas de colores impresionantes y manadas de alpacas que cruzaban los caminos con total tranquilidad. El frío era intenso, el aire delgado, pero la energía del grupo hacía que todo valiera la pena.

Entre el grupo de canadienses que venían con nosotros había una chica que me llamó la atención desde el inicio. Se llamaba Vanessa.

Vanessa tenía esa mezcla de energía tranquila y curiosidad constante que muchas veces encuentro en los viajeros. Le fascinaba el paisaje andino. Cada vez que parábamos a descansar, simplemente se quedaba mirando las montañas en silencio, como intentando absorber cada detalle.

Una de las tardes, cuando llegamos al campamento, empezamos a jugar cartas con el grupo. A mí, la verdad, no me interesaba demasiado el juego. Incluso a

veces la dejaba ganar. Lo que realmente quería era compartir con ella, reírme con ella, sentir esa complicidad que a veces aparece de manera natural cuando dos personas conectan.

Y en el fondo también tenía otra idea en la cabeza: cuando terminara el trek, quería salir con ella.

Curiosamente, el último día del Ausangate yo tuve que regresar a Cusco un poco antes que el resto del grupo. Cyrielle, la chica francesa de la que hablo en el primer libro, estaba por regresar a Francia y quería despedirme de ella.

Tuvimos una despedida muy bonita, llena de cariño y de romance. Fue uno de esos momentos en los que entiendes que algunas personas aparecen en tu vida por un tiempo corto, pero dejan una huella grande.

Pero yo sabía algo más.

Sabía que esa misma noche, después de dejar a Cyrielle en el aeropuerto, iría directo a Calle del Medio, donde el grupo del Ausangate se estaba reuniendo para celebrar. Habíamos terminado uno de los trekkings más duros y más hermosos de Cusco, y había que celebrarlo como se debía.

Y ahí estaba Vanessa.

La fiesta fue divertida, llena de risas, historias del trek y ese sentimiento de triunfo que queda después de varios días caminando en las montañas. En algún momento de la noche terminamos besándonos.

Al día siguiente Vanessa tenía un tour de bicicletas por el Valle Sagrado, pero me dijo algo antes de irse:

—En la noche nos vemos.

Yo estaba más que entusiasmado. Vanessa era alta, rubia, de ojos azules… ya te puedes imaginar. ¿Cómo no entusiasmarse?

Esa noche nos encontramos en la Plaza de Armas de Cusco. Caminamos un rato y luego fuimos a tomar una copa de vino. La conversación fluía fácil, como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo.

Esa noche terminamos compartiendo algo más que una conversación.

Fue una noche inolvidable.

Al día siguiente nos despedimos con un poco de nostalgia, pero también con gratitud. Habíamos coincidido en el camino, en una de las montañas más increíbles del mundo, y habíamos compartido un pequeño capítulo de nuestras vidas.

Y a veces, eso es exactamente lo que hace que viajar sea tan especial.

Capítulo 13

Daphne, la francesa

Después del Ausangate Trek y del viaje al Titicaca, me fui a Lima por un mes. Quería estar con mi mamá, ver a la familia, recargar energías. Pero después de ese mes, volví a Cusco en noviembre de 2017. Cusco siempre me espera, siempre me llama.

En noviembre, mientras paseaba por los cafés de la ciudad, uno de mis rituales matutinos, conocí a una chica francesa. Se llamaba Daphne.

Ella estaba sentada en una mesa pequeña, con un café y una libreta. Yo, como siempre, buscaba un buen desayuno y, por qué no, la oportunidad de charlar. Empezamos a conversar de manera natural: le conté de Cusco, de mis paseos, de los lugares que había conocido. Ella, con esa curiosidad tranquila de los viajeros, me habló de su viaje, de París, de las montañas de los Alpes que extrañaba.

Le propuse dar una caminata. Fuimos al mercado de San Pedro, lleno de colores, aromas, artesanías. Después subimos al barrio de San Cristóbal. Y cuando estábamos ahí, entre las calles empedradas, nuestras manos se encontraron. Fue un gesto simple, pero en ese momento sentí una conexión. Me recordó a Cyrielle, y supe cuando nos besamos que ese beso tenía un peso especial.

Después de pasar el día juntos, caminamos hasta mi casa. Y, como suele pasar, las chicas que viajan tienen un alma libre, una mente abierta, y esa tarde la pasamos bien los dos.

Más tarde, ya de noche, salimos de nuevo. Nos dirigimos a un bar a ver un partido crucial: Perú contra Nueva Zelanda. Era un partido histórico, el momento en que Perú podía clasificar al Mundial después de 32 años. Recuerdo cada segundo: Jefferson Farfán metió el primer gol, y después Christian Ramos hizo el segundo. La euforia explotó. Salimos corriendo con

Daphne a la Plaza de Armas. Era una locura. Cusco entera se llenó de gente llorando de felicidad. Nunca había visto la Plaza así. Fue una explosión de alegría, de orgullo, de un país que después de tanto tiempo al fin volvía a un Mundial.

Capítulo 14 – Lauren, la americana

Era el inicio del año 2019. Recuerdo que Brooke se acababa de ir a fines del 2018, y yo estaba nuevamente en esa etapa en la que Cusco vuelve a sorprenderte con nuevas personas y nuevas historias.

A Lauren la conocí en una clase de yoga, exactamente en Exhala, uno de los mejores estudios de yoga de Cusco, ubicado dentro del hotel Antigua Casona de San Blas. Yo había empezado a ir a esas clases para estirar el cuerpo después de tantas caminatas y trekkings.

Lauren era una chica muy linda: ojos claros, pelo castaño y una personalidad muy tranquila. Tenía algo especial, una energía buena y noble.

Después de algunas clases empezamos a conversar. Al inicio eran charlas cortas después del yoga: comentarios sobre la clase, sobre Cusco, sobre el viaje. Hasta que un día decidimos quedar para comer algo juntos.

Nos fuimos a comer y la conversación empezó a fluir de manera muy natural. Lauren me contó que trabajaba como enfermera en Estados Unidos y que había decidido tomarse un tiempo para viajar. Me dijo también que se iba a quedar todo marzo en Cusco.

Y bueno… marzo es un mes largo.

Empezamos a salir varias veces. Quizás más que unas cuantas veces. Caminatas por la ciudad, cafés, bares y esas conversaciones largas que suelen aparecer cuando dos personas se están conociendo.

Un día me presentó a sus amigas. Ese día habíamos hecho juntos el hike de Inkiltambo, uno de esos lugares cerca de Cusco que muy pocos turistas conocen. Después de la caminata fuimos todos a La Bo'M, una crepería francesa bastante conocida en la ciudad.

Entre vinos, cervezas y buena comida nos matamos de la risa con sus amigas. Después también las llevé a Calle del Medio, que como siempre terminaba siendo el punto de encuentro para cerrar la noche.

Con Lauren tuve un romance de aproximadamente un mes. No fue una historia larga, pero sí una historia bonita.

La recuerdo con mucho cariño porque fue una de las primeras chicas con las que experimenté lo que luego se convertiría en Cusco Day Hike, algo que también había empezado a surgir con Brooke, otra chica americana que apareció en mi vida tiempo atrás.

Lauren, de alguna manera, me ayudó en esos primeros pasos del proyecto. Caminó conmigo, exploró rutas conmigo y fue parte de esos inicios donde todo todavía era una idea que estaba tomando forma.

Por eso siempre le estaré agradecido.

Porque a veces las personas aparecen en tu vida solo por un momento… pero dejan algo que termina creciendo mucho más de lo que uno imaginaba.

Epílogo – El verdadero significado de ser brichero

Cuando llegué a Cusco no sabía exactamente qué estaba buscando. Venía con el corazón medio roto, con ansiedad, con muchas preguntas sobre mi vida y sobre quién quería ser realmente. Lo único que sabía era que necesitaba un cambio.

Cusco me lo dio.

Muchos años después, cuando miro todo lo que viví —los trekkings, las amistades, las noches de fiesta, las caminatas por las montañas y también las historias con mujeres de todo el mundo— entiendo algo que antes no veía con tanta claridad.

Ser brichero no es lo que muchos creen.

En Cusco, la palabra “brichero” muchas veces se usa como una broma, como una etiqueta para el tipo que sale con extranjeras. Algunos lo dicen con admiración, otros con crítica, otros simplemente como parte del folklore de la ciudad.

Pero para mí, con el tiempo, el significado cambió.

Ser brichero no fue solo conocer mujeres de otros países.

Fue conocer el mundo sin salir de CUSCO.

Fue escuchar historias de Francia, de Canadá, de Holanda, de Estados Unidos, de Australia, de lugares que quizás nunca hubiera imaginado visitar cuando era

un chico creciendo en Lima. Cada persona que pasó por Cusco traía consigo una historia distinta, una cultura distinta, una forma distinta de ver la vida.

Y en cada conversación, en cada caminata, en cada romance, yo también iba cambiando.

Cusco me enseñó algo muy importante: cuando una ciudad recibe gente de todo el mundo, también se convierte en una escuela de vida.

Aprendí idiomas a medias, aprendí culturas a medias, aprendí maneras diferentes de amar, de viajar, de vivir el presente. Aprendí que hay personas que llegan a tu vida solo por una noche, otras por un mes, y algunas que se quedan para siempre en tu memoria.

También entendí algo más profundo.

Muchas de esas historias empezaron con una simple caminata. Con mostrarle a alguien un mirador de la ciudad, un mercado local, una laguna escondida o un sendero en las montañas.

De alguna manera, todo eso fue sembrando algo dentro de mí.

Así nació Cusco Day Hike.

Lo que empezó como simples caminatas con viajeros terminó convirtiéndose en una forma de compartir el Cusco que yo había aprendido a amar: el Cusco de las montañas, de los barrios antiguos, de los caminos que no aparecen en las guías turísticas.

Y ahí entendí el verdadero significado.

Ser brichero, al final, no era conquistar mujeres.

Era conectar con el mundo.

Era vivir en una ciudad donde cada día puede empezar con un café tranquilo en San Blas y terminar celebrando en la Plaza de Armas con gente de diez países distintos.

Era entender que Cusco no solo cambia a los viajeros.

Cusco también cambia a los que decidimos quedarnos y compartir nuestra cultura peruana con otras culturas del mundo.

Y en mi caso, ese “BRIDGE” que significa puente en inglés, es el puente que nos une como personas de todo el mundo, y que nos transforma en cada experiencia.